

## EL RENACIMIENTO DE LA DEMOCRACIA EN CHILE: PERSPECTIVAS HISTÓRICAS Y COMPARATIVAS \*

PAUL W. DRAKE

Al comienzo de la década de los ochenta, no parecía posible una transición tan rápida a la democracia electoral en el Cono Sur como sucede hoy en día. Nadie podía pronosticar ni el colapso del régimen militar argentino, ni la salida total de los soldados uruguayos, ni el triunfo de la oposición brasileña, ni la unificación de casi todas las fuerzas democráticas chilenas. Dentro del contexto del renacimiento de la democracia en América latina, el caso chileno es inusual, porque el proceso ha sido muy lento para un país con una tradición democrática tan larga y fuerte. Dado que la transición chilena aún no ha terminado, es difícil ver claramente todos los aspectos de la democracia que está surgiendo en este país. Por esto, tal vez, es posible iluminar la experiencia actual, preferentemente, desde una perspectiva histórica e internacional.

En este ensayo se pretende comparar esta lucha por la democracia, con la única otra experiencia chilena de transición desde un régimen autoritario, en el siglo veinte. También se presta alguna atención menor a algunos aspectos análogos de la redemocratización en Argentina, Uruguay y Brasil. Obviamente, hay muchas diferencias fundamentales entre estos países y Chile, y entre la época de 1930 y la de 1980, pero también existen problemas políticos muy similares. Estas breves comparaciones tienen que ser muy superficiales, pero quizás indican algunos puntos valiosos.

Las observaciones que siguen se originan en los estudios sobre Chile que este autor ha desarrollado durante muchos años; en su nuevo proyecto sobre movimientos obreros en el Cono Sur; en su participación en un equipo del "Social Science Research Council", donde se estudió el rol de los partidos políticos en la redemocratización; en la organización de una conferencia en la Universidad de California, San Diego, sobre los cambios electorales en la América latina; en su reciente visita a Uruguay, Argentina y Chile; y en otras fuentes citadas en la bibliografía.

---

PAUL W. DRAKE, *Doctor en Historia, es profesor titular de Ciencia Política de la Universidad de California, San Diego, Estados Unidos y Director del Centro de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos de la misma Universidad.*

\* El texto publicado corresponde a la edición de una conferencia ofrecida por el profesor Paul W. Drake en el Instituto de Ciencia Política de la P. Universidad Católica de Chile, el 30 de septiembre de 1985, al cual se le han hecho leves modificaciones de redacción, tratando de mantener el estilo del autor.

La tentación de construir paralelos con el pasado es fuerte. El único otro régimen militar chileno en el siglo veinte cayó durante la otra gran depresión económica. El general Carlos Ibáñez del Campo tomó el poder en 1925 y la presidencia legal en 1927. Salió al destierro en julio de 1931. Después de su renuncia, las Fuerzas Armadas proclamaron su decisión inalterable de volver a los cuarteles. El renacimiento de la democracia constitucional posteriormente dio a luz el sistema representativo más abierto y estable en toda América latina, desde 1932 hasta 1973.

Aunque la historia no se repite y no contiene lecciones concretas para el futuro, valdría la pena analizar algunas semejanzas y diferencias entre esa transformación chilena del autoritarismo a la democracia y la de hoy día. Este ensayo va a examinar cuatro condiciones supuestamente necesarias para una redemocratización exitosa. El objetivo es distinguir los factores absolutamente esenciales y los factores meramente deseables, de donde surgen cuatro puntos de análisis: 1) el contexto económico y la importancia de su reactivación; 2) el papel de las distintas clases sociales y su nivel de concertación; 3) el sistema de partidos políticos, el comportamiento de los tres polos (derecha, centro, izquierda) y el grado de la unidad multipartidaria; y 4) la naturaleza de las fuerzas autoritarias y sus proyectos.

Lo que sigue no es un estudio profundo de estas cuatro cuestiones, sino un bosquejo de unas ideas y unos hechos que tal vez puedan ser útiles para otros investigadores. Tampoco se presenta una historia completa de los otros casos, sino solamente un perfil de los elementos centrales para las comparaciones.

En la década del veinte, los militares chilenos entraron en la Moneda por tres razones principales. Querían terminar con la inflación espantosa, contener la lucha de clases entre obreros y empresarios y dar fin al conflicto permanente entre la Presidencia y el Congreso. Por eso, las Fuerzas Armadas apoyaron una invitación a consejeros norteamericanos para eliminar la inflación con el patrón oro, el establecimiento de un nuevo código laboral, la represión de los sindicatos izquierdistas y el predominio de la Presidencia a través de la nueva Constitución de 1925.

Después de su consolidación, el gobierno de Ibáñez llegó a tener legitimidad principalmente en razón de su eficacia económica. Durante tres años la economía creció rápidamente, creando una ilusión de prosperidad amplia, incontenible y perdurable. Con una política de libre mercado, recibió un diluvio de préstamos norteamericanos, acumulando la deuda externa más grande en la historia de Chile, antes de la década de 1970. El país llegó a ser muy vulnerable a la gran depresión mundial y, como en la actualidad, sufrió mucho más que los otros países del Cono Sur los efectos de la misma. Entre 1929 y 1932, la caída de la producción fue peor que el desastre de 1982, pero el desempleo fue menor, llegando hasta el 20% de la población activa. El gobierno reaccionó en 1930 en una forma procíclica, con un programa de austeridad. Sus reducciones en el presupuesto incitaron el descontento entre los civiles y los militares.

Por eso, Ibáñez perdió apoyo entre sus aliados originales y naturales. Diez días antes de renunciar, suspendió los pagos de la deuda externa.

En 1931, las protestas contra la dictadura no fueron iniciadas por los partidos políticos, sino por los grupos sociales, en la misma forma que las protestas organizadas en la mayoría de los gobiernos autoritarios contemporáneos. En contraste con la situación actual, los partidos políticos no encabezaron campañas contra el autoritarismo. En esa época, la sociedad no estaba tan penetrada por los partidos y se caracterizaba por ser menos politizada y menos urbanizada, no existiendo tampoco ningún pacto entre las clases sociales para controlar o limitar los conflictos durante la transición a la democracia. Grupos de la clase media, especialmente los estudiantes universitarios, fueron los más activos en las manifestaciones en favor de la redemocratización. Los gremios de arquitectos, dentistas, profesores y otros miembros de la pequeña burguesía formaron la vanguardia democrática en las calles y convocaron a una asamblea especial de todas las organizaciones profesionales para reemplazar a los partidos en la nominación del próximo presidente.

Los gremios de la clase media tuvieron éxito porque recibieron ayuda de la clase alta. La Sociedad Nacional de Agricultura, la Sociedad de Fomento Fabril y otros grupos aristocráticos atacaron los programas económicos y los métodos represivos de Ibáñez. La clase dominante temía la radicalización de la clase obrera y la pesadilla de una revolución comunista al estilo ruso. Se decidió que la mejor manera de evitar tal explosión social era una democracia en lugar de una dictadura; fue el reformismo en vez de la represión. La clase alta prefería, en frase de la época, la evolución en vez de la revolución. A su juicio, la continuación de un régimen militar había llegado a ser más peligrosa que una democracia, para la estabilidad social. Por eso, la burguesía manejó la transición a la democracia y, además, apoyó a las milicias privadas para impedir el regreso al poder de los golpistas militares.

En contraste con la actual situación en Brasil y Chile, la Iglesia no participó en el cambio del régimen en 1931-32. Tampoco jugaron un rol importante los sindicatos, a pesar de los temores de la clase dominante y del descontento de los obreros. Debilitados primero por la represión de la dictadura y después por la depresión de la economía, los sindicatos no podían organizar con éxito una huelga general.

Los partidos políticos exhibían menos unidad que en los actuales procesos de transición en el Cono Sur, aunque ninguno apoyó la continuación de Ibáñez. Sólo pudieron unirse en tres momentos muy breves: 1) casi todos, salvo los comunistas, apoyaron a un candidato único a la presidencia en el año 1925, para bloquear la toma de todo el poder por el coronel Ibáñez; 2) después del fracaso del presidente elegido, todos los partidos, salvo los comunistas, aceptaron la candidatura de Ibáñez, en el año 1927, quien obtuvo el 97% de los votos, según su gobierno; 3) casi todos, incluyendo los comunistas, exigieron la salida de Ibáñez en 1931. Cuando éste renunció, surgió una multitud de partidos, con todas las grandes organizaciones divididas; nunca han existido más parti-

dos en la historia de Chile. Antes de la prueba de las urnas, un sinnúmero de personas trató de representar la opinión pública, acallarla bajo el autoritarismo. Con la desaparición de la censura, también hubo una explosión de nuevos periódicos, revistas, folletos y libros con propósitos de cambiar la política nacional. Cuando se abrió de repente ese espacio político, hubo mucha confusión e invención. Surgieron, en esa oportunidad, nuevos movimientos de gran importancia para el futuro, especialmente los socialistas y los falangistas, aunque los partidos del pasado mostraron inicialmente mayor fuerza. Los partidos llegaron a dominar la situación política sólo después de la elección presidencial de 1932. En esa elección nació el sistema político de los tres polos que duró hasta 1973.

Durante la crisis, el general Ibáñez trató de mantenerse en el poder invitando a algunos políticos tradicionales de derecha a formar un gabinete distinguido. Establecidos en el gobierno, estos políticos, en vez de defender a la dictadura, denunciaron al gobierno por la falta de dinero y de libertad, inspirando más protestas en contra de Ibáñez. Después del derrumbe, los partidos derechistas y centristas manejaron la transición en la elección presidencial de 1931 y ganaron esa elección. Pero su candidato, Juan Esteban Montero, no pudo gobernar sólo con representantes de la clase alta. Después de varios golpes de estado, incluyendo la famosa República Socialista, el Presidente de la Corte Suprema encabezó un gobierno provisional para convocar a la elección presidencial de 1932. Ganó el candidato centrista, Arturo Alessandri, con mucho apoyo derechista.

La derecha demostró flexibilidad para aceptar la presidencia de su adversario del año veinte y para participar en un juego electoral con su nuevo opositor del año treinta y dos, la izquierda. En la década del treinta, los partidos y los políticos tuvieron más éxito electoral cuando cambiaron sus posiciones anteriores al período autoritario, por ejemplo, Alessandri. Normalmente fracasaron cuando mantuvieron las mismas ideas, discursos y estilos previos a la dictadura, por ejemplo, el Partido Democrático, el que cedió muchos de sus militantes al nuevo Partido Socialista. Se puede ver el mismo fenómeno hoy día en Argentina, con el éxito del renovado Partido Radical y el fracaso del intransigente movimiento peronista. Aparentemente, significa que los votantes querían un retorno a la democracia, pero no querían un regreso a la situación política anterior al autoritarismo.

Cuando asumió Ibáñez, la izquierda era muy débil y dividida. A través de la República Socialista, surgió el nuevo Partido Socialista, encabezado por el comandante de la Fuerza Aérea, Marmaduke Grove. Por lo tanto, los socialistas mantuvieron buenas relaciones con algunos grupos dentro de las Fuerzas Armadas. El partido fue creado sobre la base de una mezcla de cinco movimientos pequeños. No obstante su declaración oficial de ser marxista en orientación, contenía al mismo tiempo elementos de muchas otras ideologías, incluyendo anarquismo, trotskismo y socialdemocracia. En definitiva, nació como un partido populista,

cercano al APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) del Perú. Con esa combinación de socialismo y populismo, saltó a la segunda posición nacional en la elección presidencial de 1932. Rechazó oficialmente el uso de la fuerza para tomar el poder, pero mantuvo su milicia socialista después de la campaña en contra del fascismo y en defensa de la democracia. Con su dedicación a la democracia constitucional, a la reforma social y al nacionalismo económico, creció rápidamente en las elecciones de la década.

Desde 1928 hasta 1935, el Partido Comunista chileno sostuvo la posición internacional del Comintern de la necesidad de una revolución social a través de una insurrección armada del proletariado. A pesar de esa posición ideológica, no hizo casi nada para crear una fuerza revolucionaria. Antes del régimen autoritario, había participado en el sistema democrático, el que denunció en 1932 como la máscara de la burguesía. Sin embargo, al mismo tiempo, continuaba participando en todas las elecciones después de la salida de Ibáñez. Con esa posición teóricamente violenta, llegó a ser más pequeño en 1932 que en 1925. Atrajo menos votantes, menos militantes y menos sindicatos. Se dividió en dos partidos más pequeños. El grupo menor defendió su participación en las elecciones y en alianzas reformistas, entrando luego en el Partido Socialista. Después de un tiempo, el Partido Comunista mayor abandonó su doctrina revolucionaria para promover al Frente Popular en 1935 y el triunfo del grupo centrista del Partido Radical, en 1938. Con esos programas y estrategias reformistas, el Partido Comunista creció rápidamente aunque menos que el Partido Socialista. A través de las décadas, los comunistas mantuvieron básicamente la tesis del Frente Popular.

Vale la pena notar que luego, durante su segunda persecución, estando en la clandestinidad bajo el imperio de la llamada "ley maldita", desde 1948 hasta 1958, hubo un debate dentro del Partido Comunista sobre la mejor manera de reconquistar sus derechos jurídicos. La mayoría de los líderes rechazó la idea de una lucha armada. Con esa estrategia, el Partido consiguió su reentrada en el sistema democrático a través de la ayuda electoral a algunos partidos reformistas, sin perder su propia fuerza. Inmediatamente antes de su exclusión obtuvo el 11% de los votos nacionales para diputados; inmediatamente después de su retorno a la legalidad, el PC mantuvo ese porcentaje de los votos nacionales.

Con esto quiero decir que el sistema chileno de partidos políticos parece muy durable, ayer como hoy. El Presidente Ibáñez, con alguna inspiración de Miguel Primo de Rivera en España y Benito Mussolini en Italia, tenía una visión corporativista de un gobierno compuesto de gremios y sindicatos, más que de partidos. Aún creó un Congreso Nacional —no elegido, sino designado—, mezclando representantes de esas organizaciones y de algunos partidos. Pero Ibáñez no hizo mucho por establecer ese modelo político; se quedaba más en palabras que en hechos. Su proyecto no tuvo ningún éxito y desapareció con el General en 1931.

Su régimen se basaba en las Fuerzas Armadas, pero estaba totalmente dominado por una persona, surgiendo así el ibañismo. Era un gobierno opuesto al sistema de partidos, al movimiento obrero y, especialmente, a los comunistas, pero carente de mano dura. Al lado de algunas semejanzas, existen muchas diferencias entre ese régimen autoritario y los de la década del setenta, en el Cono Sur. Ibáñez tuvo la imagen de ser un militar reformista, un campeón de la clase media más que de la burguesía. Solamente mantuvo la presidencia durante cuatro años y, cuando llegó la crisis, decidió salir de la Moneda rápida y pacíficamente, para evitar un conflicto duro entre los soldados y la oposición civil.

Debido a estar divididas políticamente, las Fuerzas Armadas en 1931-32 deseaban volver a los cuarteles y a las responsabilidades estrictamente profesionales. Recibían ataques e insultos de los ciudadanos que los consideraban culpables de la depresión económica y de la tiranía y eso no era de su agrado. No querían luchar, como una fuerza policial, contra los disidentes en las calles. Según los generales de la época, su intervención en la política había sido un gran error y nunca más querían meterse en los choques partidarios. Al comienzo de la década del treinta, muchos países latinoamericanos reaccionaron a la gran depresión mundial con un cambio de un gobierno democrático por un régimen autoritario. En razón de haber tenido ya un gobierno militar, Chile tomó otra dirección, pasando a ser un caso único, hoy como ayer.

También Chile era una excepción en el hemisferio por su capacidad extraordinaria, no sólo para restablecer una democracia, sino también para mantenerla estable durante más de cuarenta años. Vale la pena decir algunas palabras sobre la consolidación del sistema chileno en la década del treinta. Comenzando en 1932, el abandono de la estabilidad monetaria, la suspensión del pago de la deuda y la protección a la industria nacional ayudaron a la recuperación rápida de la economía. Dos tercios de la cesantía desaparecieron en 1933. En otras palabras, el contexto económico llegó a ser más favorable a la cooperación democrática.

Al mismo tiempo, la presencia de un ex presidente centrista, fuerte y carismático ayudó a la solidificación democrática. Sobre todo, Alessandri restableció la dominación del presidente constitucional sobre las Fuerzas Armadas. Sacó unos pocos oficiales ibañistas o golpistas, pero defendió a la dignidad y la integridad del Ejército como institución. Apoyó a las milicias republicanas, grupos privados armados para defender a la democracia. No hubo juicios en contra de los militares.

El nuevo sistema político en 1932 funcionaba bien, porque todo el espectro ideológico —desde los nazistas a los trotskistas— podía participar dentro de los límites electorales. Cada sistema electoral tiene límites, límites de participación, de comportamiento y de contenido. En todos los países del mundo existen restricciones —formales e informales, explícitas e implícitas— a las pugnas políticas. Las inhibiciones pueden ser muy duras, como la prohibición de la participa-

ción de ciertos candidatos izquierdistas en las elecciones uruguayas del año 1984 —o más sutiles— como los requisitos financieros para emprender una campaña exitosa. Cada redemocratización requiere alguna negociación sobre estos límites y cada participante tiene que aceptar menos que sus deseos máximos. Por ejemplo, en Brasil en 1985, la oposición democrática tuvo que aceptar elecciones indirectas y las fuerzas autoritarias tuvieron que aceptar la victoria de la oposición. Obviamente, los límites de la apertura son más estrictos durante la transición y cuando los militares mantienen mayor control sobre el proceso. Hubo muchos límites en Brasil, menos en el Uruguay, y casi ninguno en la Argentina contemporánea, o en Chile en 1932. A pesar de los límites, la oposición ganó las elecciones en cada caso. Y ganó con el objeto declarado de reducir los límites a la democratización en el futuro próximo. Casi siempre la política de la transición es distinta de la política de la consolidación y de la continuación.

Dentro de un sistema legal muy abierto, habían algunas limitaciones políticas importantes en los años treinta. Menos del diez por ciento de la población chilena votó en las elecciones. Las normas electorales eliminaban a las mujeres, a los jóvenes con menos de veintiún años y a los analfabetos. Partidos de cualquier tipo podían competir, pero no podían proponer seriamente ni la eliminación de sus adversarios ni la transformación drástica y rápida de la sociedad o la economía. Aunque algunos partidos emitieron declaraciones grandiosas exigiendo cambios profundos en el largo plazo, actuaban día a día dentro de las reglas de las competencias, las negociaciones y las transacciones inevitables del juego democrático. Algunas teorías actuales indican una larga lista de requisitos decisivos para el establecimiento de tal sistema, pero de vez en cuando los políticos pueden sorprender a los intelectuales. Por ejemplo, no era necesario para la reconstrucción de esa democracia entonces, ni el abandono de posiciones ideológicas incompatibles, ni un tratado de paz formal entre los partidos y los militares, ni un amplio y explícito acuerdo social, ni ninguna ayuda del exterior. Lo que era necesario era un consenso bastante extenso, en el sentido que la única manera legítima de tomar el poder era la vía electoral. También era indispensable la convicción de la gran mayoría de las élites que cualquier alternativa a la democracia sería peor.

En el largo plazo, otra clave del éxito del sistema era el comportamiento del partido centrista, en este caso, el Partido Radical. Era un partido pragmático, con capacidad de aliarse con la derecha o la izquierda. Después de la elección de 1932, el número de partidos decreció y se concentraron en los tres polos. Cuando el gobierno de Alessandri se movía más y más hacia la derecha, los radicales lo abandonaron para encabezar al Frente Popular, apoyado por los socialistas y los comunistas. Aunque el primer gobierno democrático fue una coalición centro-derecha, después la coalición dominante llegó a ser una alianza de centro-izquierda para obtener una mayoría electoral.

Desde la redemocratización de esa época hasta ahora, el país ha llegado a ser mucho más industrializado, urbanizado y politizado. Aunque es una nación especial, Chile ha tenido algunas experiencias similares a los acontecimientos políticos de las últimas dos décadas en Brasil, Argentina y Uruguay. Todos han tenido regímenes militares llamados burocráticos-autoritarios. Y todos, salvo Chile, han vuelto a la democracia.

¿Cuáles son las otras diferencias más notables entre los procesos contemporáneos de la redemocratización en Chile y los de sus tres vecinos?

Todos los estudios señalan, en el caso chileno, la intensidad extraordinaria del conflicto social y político antes del golpe. Sólo en Chile existía un gobierno socialista y unos partidos marxistas con capacidad para cambiar el sistema capitalista. La profundidad de esa lucha polarizada de clases y de ideologías explicaba hasta cierto punto porqué ha sido tan difícil hasta ahora unificar la oposición para reconstruir la democracia. No obstante esta diferencia propia de Chile, en todos los casos del Cono Sur, las Fuerzas Armadas entraron en el poder principalmente para aplastar a la izquierda y al movimiento obrero.

En Chile se ha dado el caso excepcional de las Fuerzas Armadas unidas en defensa de un régimen, de una persona. Y sólo en Chile, ese régimen ganó un plebiscito, en el que se pedía la aprobación de una Constitución que le permitiera mantenerse en el poder. Pero un plebiscito en sí mismo no es necesariamente un factor determinante. Después de perder un plebiscito en 1980, los militares uruguayos esperaron cinco años para dejar el Palacio Nacional. Más importante que una cuestión legalista, es el asunto de la dinámica de las negociaciones —explícitas o implícitas— entre las fuerzas autoritarias y la oposición.

En todos los países del Cono Sur, los gobiernos militares no lograron ni la eliminación de los partidos políticos ni la destrucción de sus posiciones sociales-ideológicas esenciales. Sin embargo, muchos de los partidos de derecha y, especialmente de izquierda, se han ubicado más en el centro del espectro político, algunas veces con la denominación de social demócratas. Chile es el único caso donde se da un Partido Comunista con un tamaño tan grande y con una estrategia tan retóricamente revolucionaria. Estas son las diferencias más notables entre Chile y los otros casos contemporáneos, pero ¿cuáles son las causas fundamentales del progreso o del estancamiento de la redemocratización?

A través de todas estas comparaciones ligeras con otras experiencias del pasado o de países cercanos, ¿qué es necesario ahora para adelantar el proceso de la redemocratización en Chile? ¿Es posible distinguir entre condiciones primarias y secundarias? ¿Cuáles son los factores esenciales, las necesidades o los obstáculos básicos? Desde una perspectiva comparativa y teórica, tal vez se pueden orientar las investigaciones futuras según los puntos subrayados por las cuatro cuestiones centrales de este ensayo.

Normalmente en América Latina la crisis económica actual sería conducente a un cambio de régimen. Como en la década del treinta, el

fracaso del modelo del libre mercado en los ochenta redujo el apoyo a los gobiernos existentes. Sin embargo, no se puede garantizar el impacto de los factores económicos. Es muy difícil predecir las relaciones entre los fenómenos económicos y políticos. Por ejemplo, el gobierno autoritario de México en 1985 decidió restringir el proceso de la democratización durante la continuación de la crisis económica. Al otro lado, en Guatemala en el mismo año, se ve que una apertura política puede ser un alivio o, por lo menos, una diversión social en la situación de miseria de una depresión económica; se pueden consumir "bienes políticos" en vez de "bienes económicos". Al mismo tiempo, es evidente que en Perú y Bolivia es posible, aunque precaria, la continuación de una democracia electoral aún durante un desastre económico calamitoso. Sin embargo, como se puede ver en el Cono Sur, nadie debe esperar cambios dramáticos en la economía después del retorno a la democracia. La deuda, la falta de capital, la ausencia de ayuda exterior, el desempleo, la depresión, etc., no van a desaparecer rápidamente. Irónicamente, la reconstrucción inicial de la democracia en Argentina, Uruguay y Brasil parece más factible sin cambios significativos en la economía y la sociedad, a pesar de las esperanzas de las masas empobrecidas. Los nuevos presidentes allí no están usando los resultados económicos para justificar la democracia, por lo menos en el corto plazo. Están defendiéndola como un sistema político de gran valor en sí mismo. Están tratando de desvincular las cuestiones económicas y políticas, enfatizando el hecho que las dictaduras tuvieron fracasos económicos enormes. Aunque todos saben que los graves problemas económicos todavía pueden destruir a los nuevos regímenes, parece que la crisis no es necesariamente un impedimento insuperable para el retorno a la democracia. Después de esas transiciones, será interesante ver si unas reformas económicas y sociales profundas son necesarias para la consolidación de la democracia en el largo plazo. Obviamente, la introducción de ese sistema político es más fácil con menos problemas económico-sociales, pero es posible sin solucionarlos con celeridad.

Tampoco tiene que ser un obstáculo gigantesco la falta de una concertación social muy amplia y precisa. Sin duda, un cierto nivel mínimo de entendimiento entre grupos conflictivos —por ejemplo, empresarios y obreros— es muy importante, especialmente en una economía de escasez. Pero no existía un pacto social detallado durante la redemocratización de Chile en 1932 o de Argentina y Brasil en los ochenta. Se puede contribuir al proceso, pero no es una precondition básica.

En todos los casos del Cono Sur ha sido necesario el abandono del régimen autoritario por una gran parte de sus partidarios, especialmente los empresarios. Salvo en las situaciones revolucionarias, los oponentes naturales de la dictadura —particularmente los trabajadores— no tienen la capacidad para derrocarla por sí mismos. Para una transición pacífica, la clase alta y la derecha tienen que decidir que la democracia puede proteger mejor sus intereses fundamentales. Después del retorno de la democracia en Brasil, Uruguay y Argentina, los propieta-

rios y los obreros han aceptado, por el momento, que los conflictos sociales no son patológicos, sino inevitables y que nadie puede conseguir sus deseos máximos. Durante la transición, los grupos sociales —como los gremios, los estudiantes, la Iglesia— pueden encabezar las protestas, pero los partidos políticos tienen que manejar la democratización. Normalmente, los partidos políticos no demuestran capacidad para crear espacio político, sino solamente la capacidad de llenarlo.

Un consenso mínimo entre los partidos políticos también ha ayudado a la vuelta a la democracia en América del Sur. A fines de 1985, la unidad multipartidaria chilena en favor de la democracia iba más allá de la que ha sido visto en muchos otros países. Además, se puede ver, en Chile en 1932 o en Uruguay en 1984, donde se ha dado la exclusión de ciertos grupos o partidos, que la unidad de todos no es necesaria. Solamente es un requisito el acuerdo de casi todas las fuerzas derechistas, centristas e izquierdistas de respetar las reglas del juego democrático cuando se vuelva a él. No es una precondition absoluta, por ejemplo en la Argentina durante el retorno de la democracia en 1973, un acuerdo unánime sobre los métodos de lucha contra la dictadura, sino sobre los métodos legítimos después de la dictadura. En esa época en la Argentina, la Junta salió del poder debido a las presiones de gremios, partidos, los propios militares y aun guerrilleros; el problema era la falta del consenso sistémico después del autoritarismo. Tampoco ha sido esencial la presencia de una gran figura querida del pasado para ser el patrón de la transición; ni Alfonsín en Argentina, ni Sanguinetti en Uruguay, ni Sarney en Brasil tuvieron mucha fama antes de su elección.

Lo que es distinto y dañino en Chile es la percepción, por parte de algunas fuerzas autoritarias, de la continuación de una enorme amenaza para la Patria. Según ellos, esa es una amenaza marxista, hoy día simbolizada por el Partido Comunista, a pesar de la larga historia de su obediencia a las reglas democráticas chilenas. Pero con una óptica histórica y comparativa, se puede decir que la presencia de un Partido Comunista, con una base muy durable y con una posición hipotéticamente revolucionaria, no es un peligro insoportable y mucho menos dentro de un sistema democrático. Como Chile entre 1932 y 1973, muchos países han decidido que la mejor manera de acomodar al Partido Comunista es incluirlo.

Vale la pena recordar que Chile volvió a la democracia en 1932 después de la toma del poder mediante la fuerza de las armas por los socialistas y después de muchos pronunciamientos revolucionarios de los comunistas. Pero éstos aceptaron el sistema democrático una vez instaurado. Nunca ha ocurrido en América Latina una revolución social en contra de una democracia, sino solamente en contra de las dictaduras. Sin embargo, muchos politólogos piensan que hoy día para que la redemocratización chilena sea posible, es necesario cambiar esa percepción de amenaza, sea o no sea una percepción lógica y correcta. Es cierto que en muchos otros países la oposición tuvo que convencer a las

fuerzas autoritarias que la represión no era una solución a los conflictos sociales e ideológicos, sino una causa de esas luchas explosivas. Los argentinos, los uruguayos y los brasileños caen en la cuenta ahora de que se dan casi todos los choques, discrepancias y problemas existentes antes de los golpes, los que habían sido congelados por el autoritarismo, y que hubiera sido preferible amortiguarlos hace muchos años con negociaciones en vez de violencia.

Otro factor, aún más diferente en el caso chileno contemporáneo, ha sido la unidad de las Fuerzas Armadas en defensa de un régimen dominado por una persona. En suma, las dos diferencias más notables en Chile en 1985 son el carácter del régimen y su percepción de la crisis nacional antes de su llegada y ahora. Es muy inusitada la visión de su misión. En los otros casos presentados aquí, los militares llegaban a decidir que su salida sería mejor para su unidad, para su prestigio, para sus propios intereses y, por supuesto, para su país. El regreso a los cuarteles llegaba a aparecer menos costoso y más atractivo que la permanencia en el poder. No era necesario, en ningún caso, una garantía previa y formal del tratamiento futuro de los oficiales. Aun durante la negociación y el tratado de paz entre los militares y los políticos uruguayos, no hubo ningún acuerdo público sobre las relaciones subsiguientes entre los poderes civiles y militares, aunque tal vez existía un entendimiento privado. Desafortunadamente, los estudios de los otros casos sudamericanos enseñan muy poco sobre el proceso militar interno de la llegada a una decisión institucional de estar listo para negociar o renunciar. Sin embargo, los casos comparativos indican que los obstáculos más grandes a la redemocratización no están dentro de la oposición, sino típicamente dentro de las fuerzas autoritarias. Por lo tanto, es imprescindible la investigación más intensiva de su composición, sus intereses y su pensamiento.

Usar los casos en comparación para pronosticar el futuro chileno sería muy imprudente. Sin embargo, llama la atención en todos los casos observados la supervivencia de los grandes partidos del pasado. Aunque han sobrevivido, muchos han cambiado sus líderes, sus bases sociales y sus programas. Y aquellas posiciones nuevas han tenido más éxito que los partidos sumergidos en el pasado. Los partidos inicialmente exitosos han sido partidos centristas. No se puede saber, pero pudieran ser también tendencias posibles en un Chile democrático.

Los chilenos en el futuro, como sus antepasados y sus vecinos, tendrán que enfrentarse de nuevo con los mitos del autoritarismo y de la democracia. Hoy día, en el Cono Sur, los intelectuales y los políticos están tratando de destruir el mito que los regímenes autoritarios producen más crecimiento económico, más paz social y más estabilidad política. Al mismo tiempo, están criticando el mito que la democracia no puede sostenerse sin la abundancia económica, sin la integración social y sin sistemas políticos libres de conflictos de clases e ideologías. Aunque la instalación y la preservación de una democracia política pue-

de ser mucho más difícil sin estos elementos, sin embargo, es posible. Durante y después de la transición chilena, la antigua discusión va a continuar sobre las fundaciones esenciales de la democracia. Quizás este ensayo pueda hacer una contribución modesta a ese clásico debate.

## BIBLIOGRAFIA

- MARCELO CAVAROZZI, *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*, Buenos Aires, 1983.
- MARCELO CAVAROZZI y MANUEL ANTONIO GARRETON, *Partidos políticos y democracia en el cono sur*, Buenos Aires, en prensa.
- DOUGLAS CHALMERS and CRAIG ROBINSON, "Why Power Contenders Choose Liberalization: Perspectives from South America", *International Studies Quarterly*, 26:1, March, 1982, 3-36.
- PAUL W. DRAKE, "Labor Parties under Authoritarian Regimes in the Southern Cone and Brazil, 1964-83", in Cavarozzi and Garretón.
- PAUL W. DRAKE, *Socialism and Populism in Chile, 1332-52*, Urbana, 1978.
- PAUL W. DRAKE and EDUARDO SILVA, *Elections and Democratization in Latin America, 1980-1985*, La Jolla, en prensa.
- ANGEL FLISFISCH, et. al., *El futuro democrático de Chile: 4 visiones políticas*, Santiago, 1985.
- ALEJANDRO FOXLEY, *Para una democracia estable*, Santiago, 1985.
- ALEJANDRO FOXLEY, et. al., *Reconstrucción económica para la democracia*, Santiago, 1983.
- MANUEL ANTONIO GARRETON, *Dictaduras y democratización*, Santiago, 1984.
- MANUEL ANTONIO GARRETON, et. al., *Chile, 1973-198?*, Santiago, 1983.
- CHARLES GILLESPIE, et. al., *Uruguay y la democracia*, 3 tomos, Montevideo, 1985.
- HOWARD HANDELMAN and THOMAS G. SANDERS, *Military Government and the Movement toward Democracy in South America*, Bloomington, 1981.
- FREDERICK M. NUNN, *Chilean Politics, 1920-1931*, Albuquerque, 1970.
- GUILLERMO O'DONNELL, PHILIPPE C. SCHMITTER and LAURENCE WHITEHEAD, *Transitions from Authoritarian Rule*, 4 tomos, Baltimore, en prensa.
- FRANCISCO ORREGO VICUÑA, *Transición a la democracia en América latina*, Buenos Aires, 1985.
- JUAN RIAL, *Partidos políticos, democracia y autoritarismo*, 2 tomos, Montevideo, 1984.
- JUAN RIAL, *Uruguay: elecciones de 1948. Un triunfo del centro*, Montevideo, 1985.
- FRANCISCO ROJAS ARAVENA, *Autoritarismo y alternativas populares en América latina*, San José, 1982.
- ARTURO VALENZUELA, *The Breakdown of Democratic Regime: Chile*, Baltimore, 1978.
- ARTURO VALENZUELA and J. SAMUEL VALENZUELA, "Party Oppositions under the Chilean Authoritarian Regime", *Working Papers*, N° 125, Latin American Program, The Wilson Center, Washington, D.C., 1983.
- AUGUSTO VARAS, *Transición a la democracia*, Santiago, 1984.